

Oración introductoria

Haz, Señor, de mí, un instrumento de tu amor.

Petición

Señor, así como cambiaste el agua en vino en Caná de Galilea, te pido que transformes mi vida.

Lectura del libro de Isaías (Is. 62,1-5)

Por amor a Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que rompa la aurora de su justicia, y su salvación llamee como antorcha. Los pueblos verán tu justicia, y los reyes tu gloria; te pondrán un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor. Serás corona fúlgida en la mano del Señor y diadema real en la palma de tu Dios. Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi predilecta», y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo. Como un joven se desposa con una doncella, así te desposan tus constructores. Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo.

Salmo (Sal 95,1-2a.2b-3.7-8a.9-10a.c)

Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12,4-11)

Hermanos: Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro, el hablar con inteligencia,

según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo Espíritu, recibe el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, don de curar. A éste le ha concedido hacer milagros; a aquél, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 2,1-11)

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dice: «No tienen vino». Jesús le dice: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora». Su madre dice a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dice: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dice: «Sacad ahora y llevadlo al mayordomo». Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llama al esposo y le dice: «Todo el mundo pone primero el vino bueno y, cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora». Este fue el primero de los signos que Jesús realizó en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermones sobre San Juan, 8,1

El agua se convirtió en vino

El signo por el cual Nuestro Señor Jesucristo cambió el agua en vino no sorprende a los que saben que Dios es el autor del prodigio. Él es quien, en las bodas, convierte el agua de las seis jarras en vino, él mismo que cada año renueva este prodigio en las viñas. Aquello que los servidores vertieron en las jarras ha sido cambiado en vino por la acción del Señor; del mismo

modo, la lluvia que cae de las nubes es cambiado en vino por la misma acción del Señor. No obstante, no nos extrañamos de ello porque se repite cada año. La costumbre hace desaparecer el asombro. Es más sorprendente lo que pasó con el agua en las jarras.

¿Quién es capaz de considerar la acción de Dios que gobierna y conduce todo el universo? ¿No nos lleva a un asombro aplastante ante tantos milagros? Si uno considera la fuerza que está contenido en un solo grano de la primera especie, descubrirá una realidad tan grande que deslumbra al que lo observa. Pero los hombres, ocupados en otros asuntos, se han vuelto insensibles al espectáculo de las obras de Dios y olvidan la alabanza divina del creador. Así, Dios se ha reservado el hacer algunos prodigios extraordinarios para despertar a los humanos de su sopor y conducirlos a su alabanza.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Queridos hermanos, no hay mayor medicina para curar tantas heridas que un corazón que sepa de misericordia, que un corazón que sepa tener compasión ante el dolor y la desgracia, ante el error y las ganas de levantarse de muchos y que no saben cómo hacerlo. La compasión es activa porque “hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros” para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos, Inclinándonos especialmente ante aquellos que más sufren. Como María, estar atentos a aquellos que no tienen el vino de la alegría, así sucedió en las bodas de Caná.» *(Homilía de S.S. Francisco, 20 de enero de 2018).*

Meditación

María es madre de Jesús y madre nuestra, y como tal se preocupa muchísimo por sus hijos. Ella es la madre atenta que reconoce nuestras necesidades, aun antes de que nos atrevamos a expresarlas. María no estaba obligada a hacer nada por esta pareja pero ella intuía que su hijo era la respuesta a todas las necesidades de los hombres. Contemplemos por un instante la escena: no hay vino y los nuevos esposos... no se enteran. Tan felices están que no se dan cuenta de lo que sucede a su alrededor. Los

sirvientes, por otro lado, saben el desastre que está por suceder. ¡Una fiesta sin vino!

María sabe que ella sola no puede hacer nada, se sabe criatura, reconoce sus límites. Acude a Jesús y, por su generosa atención, Jesús decide actuar. Éste es, quizá el servicio más grande que la madre de Jesús hace a esta familia y en especial a los sirvientes: señalarles a Jesús. Él sí puede ayudarlos.

Nosotros, como María, estamos llamados a ver las necesidades de los demás, pues es Jesús mismo quien vive en nuestros hermanos. Negarnos a ver sus necesidades es negarnos a ver a Jesús. Por eso, debemos tomar la iniciativa y obrar de acuerdo a nuestras posibilidades; y cuando no podamos, debemos ser humildes, reconocer nuestra debilidad y encomendar sus necesidades al Señor. A fin de cuentas éste es el servicio más grande que podemos hacer al prójimo: con nuestra oración y nuestras obras llevarlos a Jesús.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 21 DE ENERO DE 2019
SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR

Amor a la ley o ley del amor

Oración introductoria

Jesús, gracias porque te hiciste un bebé pequeño e indefenso, para que yo confíe en Ti y te amé con ternura. María, madre mía y madre de Jesús, acompáñame en este tiempo de intimidad con el Señor.

Petición

Señor, dame la gracia de vivir de otra manera, de vivir al estilo de los santos, porque cuento con tu gracia para ello.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 5,1-10)

Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidad. A causa de ella, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy»; o, como dice en otro pasaje: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec». Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.

Salmo (Sal 109,1.2.3.4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 2,18-22)

En aquel tiempo, como los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, vinieron unos y le preguntaron a Jesús: «Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?». Jesús les contesta: «¿Es que pueden ayunar los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Mientras el esposo está con ellos, no pueden ayunar. Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán en aquel día. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto

pasado; porque la pieza tira del manto -lo nuevo de lo viejo- y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque el vino revienta los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos».

Releemos el evangelio

San Efrén (c. 306-373)

diácono en Siria, doctor de la Iglesia

Himnos sobre la fe

“Mientras que el esposo este con ellos no pueden ayunar”

Señor, te invito a un banquete de bodas en medio de cánticos. En Caná, el vino que expresa nuestra alabanza faltó; tú, el invitado que llenó las jarras de buen vino, illena mi boca de tu alabanza! El vino de Caná es el símbolo de nuestra alabanza, pues aquellos que lo bebieron quedaron maravillados. En ese banquete de nupcias que no era el tuyo, tú, el verdadero justo, hiciste desbordar seis jarras de un delicioso vino; al banquete que yo te invito, puedes llenar de tu dulzura los oídos de una multitud. En otros tiempos tú eras invitado a las bodas de los otros; he aquí ahora tu banquete que es casto y bueno.

¡Qué regocije a tu pueblo! ¡Que tus cánticos deleiten a tus invitados, que mi cítara acompañe tu canto! Tu prometida, es nuestra alma; nuestro cuerpo, tu alcoba nupcial; nuestros sentidos y nuestros pensamientos, los invitados. Si para ti una sola persona es un banquete de bodas, ¡será grande el de toda la Iglesia!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Aquí está el valor de referir a la memoria la ley: no la ley fría, la que simplemente parece jurídica. Más bien, la ley del amor, la ley que el Señor ha insertado en nuestros corazones. En este sentido, hay que preguntarse si soy fiel a la ley, recuerdo la ley, ¿repito la ley? Porque a veces los cristianos, incluso los consagrados, tenemos dificultades para repetir los mandamientos: “Sí, sí, los recuerdo”, pero luego, en un momento dado,

me equivoco, no recuerdo. Por lo tanto, memoria de la ley, la ley del amor, pero que es concreta.» (*Homilía de S.S. Francisco, 7 de junio de 2018, en santa Marta*).

Meditación

En este pasaje, más que decirnos cuándo ayunar y cuándo no, Jesús nos enseña a pasar del amor a la ley a la ley del amor. Esto lo hace en tres pasos: primero, nos da la alegría de vivir amando con Él. Luego, esa alegría nos renueva el corazón. Finalmente, con ese amor nos enseña a cargar la cruz a su lado.

El primer paso es la alegría de vivir amando con Jesús. El Maestro vino a revelarnos que Dios es amor (1 Jn 4,8), y que este Dios-Amor es Padre y nos ama con una ternura infinita (Lc 15, 11-32). Por eso, ahora la ley de Dios se resume en un mandamiento nuevo: «ámense unos a otros como yo los he amado.» (Jn 13, 34-36) Ya no es un «no hagas esto, porque te harás daño,» sino un «ama, para que seas feliz, tú y tus hermanos.»

De esta nueva ley, esta nueva manera de vivir la vida con y por Jesús, *surge naturalmente el segundo paso*: renovar nuestro corazón. Su amor es el vino nuevo, que renueva y llena nuestro corazón de felicidad aun en medio del sufrimiento, pues sacia la sed más profunda de nuestro corazón: amar y ser amados. Lo principal, entonces, no es ayunar o no ayunar, sino *amar como Jesús nos ha amado*: viviendo para «servir y dar su vida como rescate por muchos». (Mt 20, 25-28) Pero ¿qué quiere decir Jesús con «dar la vida por muchos»?

Nada menos que *el tercer paso* para pasar del amor a la ley a la ley del amor: su muerte en la cruz. En nuestro pasaje Jesús habla del momento en que «se les arrebatará el novio, y entonces ayunarán.» Llegará el momento de sufrir, como en toda vida humana. Pero ahora, vemos el sufrimiento como Jesús lo ve: una oportunidad de ofrecerse al Padre por nosotros: *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.* (Jn 15,13).

Hoy Cristo nos invita a dejar atrás nuestro vino viejo, el vino infantil de cumplir reglas para recibir una recompensa. Hemos de pasar a saborear el vino fuerte y renovador de su amor crucificado. Amor redentor. Amor en serio. Amor que no acaba en la cruz, pues mirad: ¡La tumba está vacía! Por la cruz se va a la luz. A la luz eterna, a la felicidad plena de resucitar con Jesús y ver que costó, pero fuimos plenos al vivir según su nueva ley. Entonces nos alegraremos de que, gracias al sufrimiento vivido con Él, nosotros y muchos de nuestros hermanos gozaremos para siempre en la casa del Padre.

Señor, gracias por invitarme a vivir con un corazón nuevo. Yo no puedo cambiarme. ¡Transfórmame Tú! Dame un corazón inflamado de amor, como el tuyo. Que te amé a Ti y a mis hermanos como Tú nos has amado. María, que le enseñaste a Jesús a amar, forma también mi corazón, para que sea como el suyo. Ayúdame a seguir tus huellas y perseverar en este camino de rosas y espinas. Guíame por la cruz hacia la luz eterna. Amén.

Oración final

Y nosotros hemos conocido
y hemos creído en el amor
que Dios nos tiene. *(1Jn 4,16)*

MARTES, 22 DE ENERO DE 2019
SAN VICENTE, DIÁCONO Y MÁRTIR

Vivir de cara a Dios.

Oración introductoria

Señor, gracias por permitirme estar hoy aquí en tu presencia. Quiero estar atento a tu voz y poner en práctica lo que me pidas.

Petición

Jesucristo, concédeme la gracia de meditar en tu Evangelio con un corazón atento y sincero.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 6,10-20)

Hermanos: Dios no es injusto como para olvidarse de vuestro trabajo y del amor que le habéis demostrado sirviendo a los santos ahora igual que antes. Deseamos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra esperanza; y no seáis indolentes, sino imitad a los que, con fe y perseverancia, consiguen lo prometido. Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: «Te llenaré de bendiciones y te multiplicaré abundantemente»; y así, perseverando, alcanzó lo prometido. Los hombres juran por alguien mayor, y, con la garantía del juramento, queda zanjada toda discusión. De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como anda del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, Sumo Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.

Salmo (Sal 110,1-2.4-5.9.10c)

El Señor recuerda siempre su alianza.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 2,23-28)

Sucedió que un sábado Jesús atravesaba un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas. Los fariseos le preguntan: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?». Él les responde: «¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus

hombres se vieron faltos y con hambre, cómo entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que solo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a quienes estaban con él?». Y les decía: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilías sobre el Evangelio de Mateo, n° 39*

“Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado”

El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado... A los principios la ley del sábado era útil en muchas y graves cosas. Así, por ejemplo, hacía que los hombres fueran mansos y humanos con sus parientes, les enseñaba la providencia de Dios, la creación... Si cuando puso Dios la ley del sábado les hubiera dicho: haced obras buenas el sábado y no obréis la maldad, el pueblo no habría guardado esa ley. Por tal motivo, lo vedó todo y dijo: Nada haréis. Y ni aun así se mantuvieron en el orden.

Cuando Dios puso la ley del sábado, oscuramente dio a entender que su deseo era solamente que se abstuvieran de lo malo. Dijo: No haréis obra alguna fuera de lo tocante a aderezar lo que cada cual haya de comer? En cambio, en el templo se hacían todas las obras con mayor empeño y doble trabajo. De este modo, mediante la sombra les iba descubriendo la verdad (cf Col 2,17). Preguntarás: entonces ¿toda aquella ganancia la suprimió Cristo? De ninguna manera. Por el contrario, en gran manera la aumentó... no convenía tampoco ya por ese medio conocer que Dios es el creador de todas las cosas; ni ser así educados para la masedumbre los que eran llamados a imitar la benignidad de Dios. Pues dijo Cristo: Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial.

Ni convenía que celebraran sólo un día festivo aquellos a quienes se ordenaba tener como festivos todos los días de la vida. Porque dice: Celebremos, pues, la festividad, no con la levadura vieja, no con la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ázimos de la pureza y la verdad. No les conviene ya acercarse al arca y al altar de oro a quienes tienen habitando consigo al Señor de todos; al que para todo le hablan y le consultan por medio de la oración, el sacrificio, las Escrituras, las limosnas; al que llevan dentro de sí.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Este es el reto: liberar el corazón de todas estas cosas malvadas y feas. Los preceptos de Dios pueden reducirse a ser solo la hermosa fachada de una vida que sigue siendo una existencia de esclavos y no de hijos. A menudo, detrás de la máscara farisaica de la sofocante corrección, se esconde algo feo y sin resolver.

En cambio, debemos dejarnos desenmascarar por estos mandatos sobre el deseo, porque nos muestran nuestra pobreza, para llevarnos a una santa humillación. Cada uno de nosotros puede preguntarse: Pero ¿qué deseos feos siento a menudo? ¿La envidia, la codicia, el chismorreó? Todas estas cosas vienen desde dentro. Cada uno puede preguntárselo y le sentará bien.» *(Homilía de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2018).*

Meditación

Los evangelios que meditamos esta semana nos muestran a Jesús en su faceta más ordinaria, que por ordinario no quiere decir «corriente», sino nos dan una pincelada de lo que era su vida cotidiana en una semana de anuncio del Reino de Dios.

En nuestra vida «ordinaria», es decir, nuestras rutinas, trabajos, estudios, nos encontramos con personas o nosotros mismos podemos ser esos «fariseos» de los cuales nos habla la Palabra. Podemos ser fariseos espirituales cuando juzgamos a nuestro más cercano sin benediciencia, sea

en nuestros ambientes humanos o eclesiales. El juzgar le corresponde a Dios. ¿De qué lado estamos? ¿Del lado farisaico que juzga hasta las acciones del mismo Jesús, o con el Señor, con quien los principios rectores son la caridad, el gozo, la paz, la bondad, la fe..., en fin, los frutos del Espíritu que nos refiere san Pablo? (*Ga 6,22-23*)

Pidamos al Espíritu Santo que reavive en nosotros el don que llevamos dentro para vivir de cara a Dios con todos los frutos de santidad que esta relación hace germinar, y no de cara a instigar sobre los demás hermanos con ánimo de poner cargas más pesadas. El discípulo de Jesús debe tener un corazón abierto para discernir lo que es realmente de Dios y lo que nos aparta de él porque nos endurece y amarga el corazón.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (*Sal 111,1-2*)

MIERCOLES, 23 DE ENERO DE 2019

SAN ILDEFONSO, OBISPO

El momento para curar

Oración introductoria

Señor, ayúdame a siempre poder amar.

Petición

Señor, ayúdame a verte detrás del rostro de cada persona, y a amarte de manera concreta y real mediante la virtud de la caridad, que es la reina de nuestra espiritualidad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 7,1-3.15-17)

Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, salió al encuentro de Abrahán cuando este regresaba de derrotar a los reyes, lo bendijo y recibió de Abrahán el diezmo del botín. Su nombre significa, en primer lugar, Rey de Justicia, y, después, Rey de Salén, es decir, Rey de Paz. Sin padre, sin madre, sin genealogía; no se menciona el principio de sus días ni el fin de su vida. En virtud de esta semejanza con el Hijo de Dios, es sacerdote perpetuamente. Y esto resulta mucho más evidente si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera; pues está atestiguado: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec».

Salmo (Sal 109,1.2.3.4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 3,1-6)

En aquel tiempo, Jesús entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo. Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte ahí en medio». Y a ellos les pregunta: «¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Ellos callaban. Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre: «Extiende la mano». La extendió y su mano quedó restablecida. En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él.

Releemos el evangelio

Papa Francisco

Encíclica “Lumen fidei / La Luz de la fe”, § 16

*“Si siendo enemigos, fuimos reconciliados
con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más...
seremos salvados por su vida” (Rm 5,10)*

La mayor prueba de la fiabilidad del amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor (cf. Jn 15,13), Jesús ha ofrecido la suya por todos, también por los que eran sus enemigos, para transformar los corazones. Por eso, los evangelistas han situado en la hora de la cruz el momento culminante de la mirada de fe, porque en esa hora resplandece el amor divino en toda su altura y amplitud. San Juan introduce aquí su solemne testimonio cuando, junto a la Madre de Jesús, contempla al que habían atravesado (cf. Jn 19,37): «El que lo vio da testimonio, su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis» (Jn 19,35)...

Y, sin embargo, precisamente en la contemplación de la muerte de Jesús, la fe se refuerza y recibe una luz resplandeciente, cuando se revela como fe en su amor indefectible por nosotros, que es capaz de llegar hasta la muerte para salvarnos. En este amor, que no se ha sustraído a la muerte para manifestar cuánto me ama, es posible creer; su totalidad vence cualquier suspicacia y nos permite confiarnos plenamente en Cristo. Ahora bien, la muerte de Cristo manifiesta la total fiabilidad del amor de Dios a la luz de la resurrección. En cuanto resucitado, Cristo es testigo fiable, digno de fe (cf. Ap 1,5; Hb 2,17), apoyo sólido para nuestra fe.

Palabras del Santo Padre Francisco

«No me extraña que a ustedes también a veces los vigilen o los persigan y tampoco me extraña que a los soberbios no les interese lo que ustedes digan. Jesús, ese sábado, se jugó la vida porque después de sanar esa mano, fariseos y herodianos dos partidos, dos enfrentados entre sí, que

temían al pueblo y también al imperio, hicieron sus cálculos y se confabularon para matarlo. Sé que muchos de ustedes se juegan la vida. Sé -lo quiero recordar, la quiero recordar- que algunos no están hoy acá porque se jugaron la vida... pero no hay mayor amor que dar la vida. Eso nos enseña Jesús.» (*Homilía de S.S. Francisco, 5 de noviembre de 2016*).

Meditación

Recuerdo una ocasión cuando una amiga se peleó con su novio; estaba tan molesta que me llamó para que fuera a su casa para así poder desahogarse. No podía calmarse y todo era una rabieta. Realmente no recuerdo la causa del problema, pero sí recuerdo lo que pasó un poco más de 40 minutos después que llegué. Mi amiga escribió un mensaje a su novio para asegurarse si él se había tomado los medicamentos que tenía recetados, luego que él le respondió siguió con su enojo. Hoy en día son esposos.

Mi amiga me dejó en la mente que nunca se puede dejar de amar, que pase lo que pase el amor siempre sobresale. Ella no se preocupó de recordarle a su novio que debía tomar la medicina por una obligación o deber por ser su novia, ¡no! Lo hizo porque el amor es algo que no se puede contener.

En el Evangelio, Cristo me muestra que, ante todo, el amor es lo que importa, que el verdadero culto que un cristiano le da a Dios es amando, que todo precepto se complementa con el amor, porque no se puede amar mañana, se ama hoy, se ama ahora.

Orar, ir a la Santa Misa, evangelizar son medios y muestras del amor que le tengo a Dios y del amor que Dios me tiene. Cristo cura un sábado porque me ama, yo me coloco en el centro de la sinagoga y extendiendo mi brazo solo porque me sé amado por Dios; el amor es lo que prevalece entre Dios y yo, sin importar lo que cueste.

¿Cómo amo en la Santa Misa? ¿Me siento amado al momento de orar? Si todavía no estoy urgido de amar, voy ahora a curar enfermos sin

importar que sea sábado, voy amar a mi hermano y a Dios en todo los momentos de mi vida a ejemplo de Cristo, sin importar que los fariseos luego planeen matarme, ¿me atrevo a amar hoy?

Oración final

Pero te compadeces de todos porque todo lo puedes
y no aborreces nada de lo que hiciste;
Señor, amigo de la vida. (*Sab 11,23-26*)

JUEVES, 24 DE ENERO DE 2019

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

La doble caridad.

Oración introductoria

Concédeme la gracia, Señor, de acercarme a Ti en estos momentos de oración con un corazón dispuesto a la escucha, a la reflexión y, sobre todo, a la conversión

Petición

Jesús, ayúdame a buscarte en todo lo que hago.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 7,25–8,6)

Hermanos: Jesús puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del

juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre. Esto es lo principal de todo el discurso: Tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre. En efecto, todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también Jesús tenga algo que ofrecer. Ahora bien, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen los dones según la ley. Estos sacerdotes están al servicio de una figura y sombra de lo celeste, según el oráculo que recibió Moisés cuando iba a construir la Tienda: «Mira», le dijo Dios, «te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña». Mas ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores.

Salmo (Sal 39,7-8a.8b-9.10.17)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 3,7-12)

En aquel tiempo, Jesús se retira con sus discípulos a la orilla del mar y lo siguió una gran muchedumbre de Galilea. Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, Jerusalén, Idumea, Transjordania y cercanías de Tiro y Sidón. Encargó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca, no lo fuera a estrujar el gentío. Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo. Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él y gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios». Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer.

Releemos el evangelio

San Bernardo (1091-1153)

monje cisterciense y doctor de la Iglesia

Los grados de la humildad y del orgullo, cap. 3, § 6.12

*«Los que padecían alguna dolencia,
se precipitaban sobre él para tocarlo»*

Seguid el ejemplo de nuestro Salvador que quiso sufrir su Pasión con el fin de aprender compasión; sujetarse a la miseria, con el fin de comprender a los miserables. Lo mismo que " aprendió a obedecer, por lo que aguanto" (He 5,8), quiso aprender también la misericordia... Posiblemente encontrarás extraño lo que acabo de decir sobre Cristo: Él, que es la sabiduría de Dios (1Co 1,24), ¿qué pudo aprender?... Reconocéis que es Dios y hombre en una sola persona.

Como Dios eterno, siempre tuvo conocimiento de todo; como hombre, nacido en el tiempo, aprendió muchas cosas en el tiempo. Cuando empezó a estar en nuestra carne, también comenzó a enterarse, por experiencia, de las miserias de la carne. Habría sido más feliz y más sabio con nuestros primeros padres, de no haber hecho esta experiencia, pero su creador " vino a buscar lo que estuvo perdido " (Lc 19,10). Tuvo lastima de su obra y vino a rescatarla, descendiendo misericordiosamente, allí dónde ésta había perecido miserablemente...

No era simplemente para compartir su desgracia, sino para compadecerse de su miseria y liberarlos: para llegar a ser misericordioso, no como un Dios en su bondad eterna, sino como un hombre que comparte la situación de los hombres... ¡Maravillosa lógica del amor! ¿Cómo habríamos podido conocer esta admirable misericordia, si no conociera la miseria existente? ¿Cómo habríamos podido entender la compasión de Dios, si no conociera el sufrimiento?... A la misericordia de un Dios, Cristo unió la de un hombre, sin cambiarla, pero multiplicándola, como está escrito: " salvarás a hombres y animales, Señor. ¡Mi Dios, cómo hiciste sobreabundar tu misericordia! " (Sal. 35,7-8 tipos de Vulg.)

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el Evangelio, de hecho, vemos que Jesús, en su misión terrena, revela el amor de Dios tanto con la predicación como con innumerables gestos de atención y socorro a los enfermos, a los necesitados, a los niños, a los pecadores. Jesús es nuestro Maestro, poderoso en palabras y obras. Jesús nos comunica toda la luz que ilumina las calles, a veces oscuras, de nuestra existencia; nos comunica también la fuerza necesaria para superar las dificultades, las pruebas, las tentaciones. ¡Pensemos en la gran gracia que es para nosotros haber conocido a este Dios tan poderoso y bueno! Un maestro y un amigo, que nos indica el camino y nos cuida, especialmente cuando lo necesitamos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 28 de enero de 2018).*

Meditación

Aunque el pasaje de hoy no lo diga de modo explícito, éste es un Evangelio que puede invitarnos fuertemente a la vivencia de la caridad: Caridad conmigo mismo al reconocer que necesito ayuda; caridad con el prójimo al acudir en su auxilio.

Caridad conmigo mismo es sinónimo de humildad: Cuando reconozco mis límites, mis debilidades y mi «enfermedad», es un acto de respeto hacia mí mismo el buscar ayuda en quien pueda ofrecérmela, como mis familiares, amigos, ayuda médica y profesional... Sobre todo, buscar la ayuda de EL PROFESIONAL...

Caridad con el prójimo significa dejar de lado mis propias dificultades para ayudar a otro a levantarse; significa ofrecer a otros los dones que Dios me ha dado; significa dejar que los necesitados acudan a mí, tal como Jesús lo permitió a la muchedumbre...

¿Cuál de estas dos opciones toca más a mi vida hoy? ¿Dios me invita a darle la mano para que Él me ayude a levantarme? O, si ya estoy en pie, ¿me pide que la ofrezca a quien está todavía arrastrándose?

Oración final

¡En ti gocen y se alegren
todos los que te buscan!
¡Digan sin cesar: «Grande es Yahvé»
los que ansían tu victoria! *(Sal 40,17)*

VIERNES, 25 DE ENERO DE 2019
CONVERSIÓN DE SAN PABLO, APÓSTOL
Los límites de la fe

Oración introductoria

Señor Jesús: Así como tumbaste a san Pablo del caballo de su egoísmo y de rencor, así te pido yo que me permitas caer para desprenderme de todo lo que me aleja de Ti. Que en este momento de oración pueda yo conocerte un poquito más, pero que, sobre todo, te permita entrar en mi corazón, pues eres Tú el único que puede transformarlo y convertirlo.

Petición

Señor, creo en Ti y confío en tu infinita misericordia y amor. Permite que esta oración me lleve al redescubrimiento de tu amor, para que no sea para mí sólo una idea, sino una experiencia viva que debo transmitir a los demás.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 22,3-16)

En aquellos días, dijo Pablo al pueblo: «Yo soy judío, nací en Tarso de Cilicia, pero me crié en esta ciudad; fui alumno de Gamaliel y aprendí hasta el último detalle de la ley de nuestros padres; he servido a Dios con tanto fervor como vosotros mostráis ahora. Yo perseguí a muerte este nuevo camino, metiendo en la cárcel, encadenados, a hombres y mujeres; y son testigos de esto el mismo sumo sacerdote y todos los ancianos. Ellos me dieron cartas para los hermanos de Damasco, y fui allí para traerme presos

a Jerusalén a los que encontrase, para que los castigaran. Pero en el viaje, cerca ya de Damasco, hacia mediodía, de repente una gran luz del cielo me envolvió con su resplandor, caí por tierra y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Yo pregunté: "¿Quién eres, Señor?" Me respondió: "Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues." Mis compañeros vieron el resplandor, pero no comprendieron lo que decía la voz. Yo pregunté: "¿Qué debo hacer, Señor?" El Señor me respondió: "Levántate, sigue hasta Damasco, y allí te dirán lo que tienes que hacer." Como yo no veía, cegado por el resplandor de aquella luz, mis compañeros me llevaron de la mano a Damasco. Un cierto Ananías, devoto de la Ley, recomendado por todos los judíos de la ciudad, vino a verme, se puso a mi lado y me dijo: "Saulo, hermano, recobra la vista." Inmediatamente recobré la vista y lo vi. Él me dijo: "El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conozcas su voluntad, para que vieras al Justo y oyeras su voz, porque vas a ser su testigo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, no pierdas tiempo; levántate, recibe el bautismo que, por la invocación de su nombre, lavará tus pecados."»

Salmo (Sal 116,1.2)

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 16,15-18)

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos.»

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 10

”No es aquel que nos persiguió?” (cf Hch 9,21)

“No nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús” (2Cor 4,5) . ¿Quién es este testimonio que anuncia a Cristo? Aquel que antes lo perseguía. ¡Qué gran maravilla! El perseguidor de antes hecho apóstol de Cristo. ¿Por qué, fue comprado? Nadie lo hubiera podido convencer de esta manera. ¿Fue el hecho de haber visto a Cristo en carne mortal que le había cegado de tal manera? Jesús ya había subido al cielo. Saúl había salido de Jerusalén para perseguir a la Iglesia de Cristo y, tres días después, en Damasco, el perseguidor se había transformado en predicador. ¿Bajo qué influencia? Hay quien cita como testimonio en su favor a los amigos, a los de su partido. Yo, en cambio, te doy como testigo a un antiguo enemigo. ¿Todavía dudas?

El testimonio de Pedro y de Juan es grande, pero...ellos eran de los de casa. Cuando el testigo es un antiguo enemigo, un hombre que más tarde morirá por la causa de Cristo, ¿quién podría dudar todavía del valor de este testimonio? Me admira el plan del Espíritu Santo...que inspira a Pablo a escribir sus catorce cartas...Como no sería posible refutar su testimonio, acordó a Pablo escribir más cartas que Pedro y Juan. Así, nuestra fe puede estar bien segura. En cuanto a Pablo, en efecto, todo el mundo estaba admirado: “¿No es este el que nos perseguía? ¿No ha venido aquí para llevarlos encadenados ante los jefes de los sacerdotes?” (Hch 9,21) ¡No os extrañéis,-dice Pablo-. Lo sé muy bien. Para mí es duro dar contra el aguijón (cf Hch 26,14). “No soy digno de ser llamado apóstol porque he perseguido a la Iglesia de Dios” (1Cor 15,9). “A mí, que primero fui blasfemo, perseguidor y violento, y que hallé misericordia, porque lo hacía por ignorancia estando fuera de la fe... Pero la gracia de nuestro Señor se ha desbordado con la fe y el amor que me ha dado Cristo Jesús” (1Tim 1,13-4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia». El mandato misionero no conoce fronteras ni culturas, pues todo el mundo es tierra de misión. Aunque esto es un poco desordenado, pero el asunto es ir, después será el orden, más adelante. Pero la vida del misionero siempre es desordenada. Solamente tiene una seguridad de orden: la oración. Y con la oración va adelante. Queridos hermanos: Si están anclados en la Palabra de Dios, enraizados en ella, si la asumen como fundamento de sus vidas y dejan que la Palabra arda en sus corazones; esta Palabra los irá transformando y hará de cada uno de ustedes un verdadero misionero. Vivan y déjense santificar por la Palabra de Dios, y vivirán para ella.» *(Homilía de S.S. Francisco, 22 de junio de 2018).*

Meditación

Es en este tipo de pasajes evangélicos cuando se coloca a prueba nuestra fe, porque nos damos cuenta de que ésta no *debería* tener límites...

¿Cuáles son esos límites que yo le coloco a mi propia fe? ¿Es que se me hace muy difícil creer en el don de expulsar demonios, en la «disque» capacidad de hablar en lenguas o la de agarrar serpientes con mis propias manos? ¿Me parece que nunca se me podría conceder la gracia de sanar a un enfermo, en el nombre de Jesús? O bueno... puede también haber límites en cuestiones mucho más cotidianas: ¿Huyo de la oración, porque pienso que Dios no me escucha? ¿Siento respeto humano a la hora de testimoniar mi cristiandad? Esa convicción de tener un Padre eterno que me ama..., ¿está resquebrajada por todas las dudas que el demonio y el mundo han sembrado en mi corazón?

Solo en la intimidad con Dios podremos hallar luz para afrontar estas cuestiones con verdad. Si le damos a Él algunos momentos, éstos serán suficientes para que nuestra fe sea llevada más allá de los límites, llegando a la promesa final: *El que crea y se bautice se salvará.*

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. *(Sal 117,1-2)*

SÁBADO, 26 DE ENERO DE 2019
SANTOS TIMOTEO Y TITO, OBISPO

Saber unir esfuerzos y hacer comunidad.

Oración introductoria

Señor, que nunca olvide que no estoy solo en la tarea de anunciar tu Evangelio.

Petición

Señor, concédeme conocerte más para amarte y seguirte fielmente

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 1,1-8)

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por designio de Dios, llamado a anunciar la promesa de vida que hay en Cristo Jesús, a Timoteo, hijo querido; te deseo la gracia, misericordia y paz de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro. Doy gracias a Dios, a quien sirvo con pura conciencia, como mis antepasados, porque tengo siempre tu nombre en mis labios cuando rezo, de noche y de día. Al acordarme de tus lágrimas, ansío verte, para llenarme de alegría, refrescando la memoria de tu fe sincera, esa fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre Eunice, y que estoy seguro que tienes también tú. Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. No te avergüences

de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios.

Salmo (Sal 95,1-2a.2b-3.7-8a.10)

Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Lectura del santo Evangelio según San Marcos (Mc. 3,20-21)

En aquel tiempo, Jesús entró en una casa con sus discípulos y acudió tanta gente, que no los dejaban ni comer. Al enterarse sus parientes, fueron a buscarlo, pues decían que se había vuelto loco.

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Bautismal n° 18, § 23-25

*«Timoteo y Tito difunden
la fe de los apóstoles por el mundo»*

Se le llama «católica» porque está difundida por todo el orbe desde unos confines a otros de la tierra y puesto que enseña de modo completo, y sin que falte nada, todos los dogmas que los hombres deben conocer sobre las cosas visibles e invisibles, celestiales y terrenas. Y también porque ha sometido al culto recto a toda clase de hombres, príncipes y hombres comunes, doctos e inexpertos. Y finalmente porque sana y cura toda clase de pecados que se cometen con el alma y el cuerpo. Ella (la Iglesia) posee todo género de virtud, cualquiera que sea su nombre, en hechos y en palabras y en dones espirituales de cualquier especie. «Iglesia» es una denominación muy adecuada porque convoca a todos y los reúne conjuntamente, como dice el Señor en el Levítico: «Congrega a toda la comunidad a la entrada de la Tienda del Encuentro» (Lev 8, 3)....

Y en el Deuteronomio dice Dios a Moisés: «Reúne al pueblo para que yo les haga oír mis palabras a fin de que aprendan a temerme» (Dt 9,

10)...También el salmista dice: «Te daré gracias en la gran asamblea, te alabaré entre un pueblo copioso» (Sal 35, 18). Pero, si tenía que ser así, por causa de las insidias tramadas contra el Salvador quedaron los judíos privados de la gracia y Dios edificó una segunda Iglesia, formada partiendo de los gentiles, nuestra santa Iglesia de los cristianos, acerca de la cual dijo a Pedro: «Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 8)... Fue rechazada, pues, la que estaba en la tierra de los judíos. Pero por todo el mundo se multiplican las Iglesias de Cristo, de las cuales está escrito en los Salmos: «¡Cantad a Dios un cántico nuevo: su alabanza en la asamblea de sus fieles!» (Sal 149, 1)... Y de esta misma santa Iglesia católica escribe Pablo a Timoteo: «... para que sepas cómo hay que portarse en la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad» (I Tim 3, 15).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Además es necesario saber que si nosotros hacemos obras de misericordia, alguien dirá: “este hombre está loco, esta mujer está loca: en lugar de estar tranquilo, cómodo en su casa, va al hospital, va aquí, va allá. Las obras de misericordia son el camino para encontrar misericordia, en las bienaventuranzas Jesús dice: “Bienaventurados los misericordiosos porque encontrarán misericordia”. Aquel que es capaz de hacer una obra de misericordia, lo hace porque sabe que él ha sido “misericordiado” antes: fue el Señor quien le dio la misericordia a él. Y si nosotros hacemos estas cosas, es porque el Señor tuvo piedad de nosotros: pensemos en nuestros pecados, en nuestros errores y en cómo el Señor nos ha perdonado, nos ha perdonado todo, ha tenido esta misericordia. Por ello, al menos hagamos lo mismo con nuestros hermanos.» (*Homilía de S.S. Francisco, 5 de junio de 2017, en santa Marta*).

Meditación

Las ovejas siempre son muchas y pocos quienes las cuidan, las acompañan. Además, frecuentemente la gente, incluso la más cercana, no comprenden la actitud de un apóstol comprometido con su misión, como relata el Evangelio.

¡Cuánto debe conmovernos saber que muchos son los que aún aguardan el anuncio de la Buena Nueva! Mas no debemos engañarnos pensando que son otros los que deben esforzarse por llegar a esos muchos. No. ¡El deber es también mío! ¿Acaso no soy yo Iglesia? No a todos nos llama el Señor a ser sus ministros, pero sí que nos llama a todos a ser sus apóstoles, los amigos que Él quiso escoger para hacer que su Palabra se extendiera de un confín al otro de la tierra.

De dos en dos. Cristo no nos envía en solitario. ¡Qué bien nos hace recordar esto una y otra vez! Hay momentos que sentimos que llevamos el peso sobre nuestros hombros sin que nadie nos auxilie. Otras, un atisbo de orgullo nos hace querer demostrar que podemos cumplir la tarea sin la colaboración de los demás. De dos en dos es como se anuncia el Evangelio, es decir, con el alma abierta al encuentro con el otro. No es necesario llevar alforja ni sandalias. ¡Que no sea un peso muerto todo cuanto no necesitamos! ¿Qué tan pesada es la carga que llevamos? ¿Cuánto peso le hemos añadido nosotros mismos? Jesús nos invita a dejar atrás lo que nos hace sentir a salvo, porque quiere ser Él nuestra única seguridad. Así, podrán venir los lobos, la gente podrá pensar que estamos locos, pero la oveja nada ha de temer al lado del Buen Pastor que la apacienta.

¡Poneos en camino! La fe, la esperanza y la caridad no se viven solamente desde buenos deseos; son las obras las que las llevan adelante. Dios sale a nuestro encuentro cada día, dándonos la oportunidad de creer, confiar y amar. ¿Cómo le respondemos? Sólo siendo coherentes, en el hablar y en el actuar, puede este mundo verdaderamente palpar que está cerca el Reino de Dios.

Oración final

¡Pueblos todos, tocad palmas,
aclamad a Dios con gritos de alegría!
Porque Yahvé, el Altísimo, es terrible,
el Gran Rey de toda la tierra. (Sal 47,2-3)